



ROMANCE TRAGICO

DE GRISELDA Y GUALTERO.

PRIMERA PARTE.

Atiéndame todo el orbe
mientras con dulces palabras
y muy suaves acentos
aquesta historia se canta:
presténme todos silencio
con benevolencia grata,
para poder comprender
lo que mi lengua relata:
atiéndame, pero es fuerza,
que en cualquier obra que se haga
se ponga un buen fundamento
para que salga acertada.
Y así el auxilio imploremos
de la Virgen Soberana,
que con tan luciente estrella,
mi musa, aunque muy turbada,
cobrando aliento dará
principio á esta historia rara.
Hubo de sangre muy noble
un gran marqués en la Italia,
dueño de muchos lugares,

que Gualtero se llamaba,
en su trato muy afable,
y de condicion muy llana:
era el tal marqués soltero,
y aficionado á la caza;
de tal modo, que por ella
toda diversion dejaba.
En esto se entretenia,
y por vivir á sus anchas
no deliberó el casarse;
pero como de tan clara
sangre su casa venia,
porque sucesion dejára,
deseaban sus vasallos
ver su señor si gustaba
el elegir nuevo estado:
dixieron que llegára
el que mas de su cariño
fuese, y del caso le hablára,
y de esta suerte estaria
su intencion desengañada.

Al punto lo ejecutaron;
 fue uno de ellos y lo llama
 aparte, y así le dice:
 gran señor, cierto me holgára
 que tomáras mi consejo:
 bien sabes, que á la tirana
 enemiga de mortales
 somos porque Dios lo manda,
 sujetos, y puede ser
 que al golpe de su guadaña,
 el día mas descuidado,
 rindas tu vida á la parca:
 y pues tenemos, señor,
 de sangre tan sublimada,
 todos fuéramos gustosos,
 gran señor, que te casáras,
 por lograr un sucesor,
 que cual vos nos gobernára.
 Prudente el marqués responde
 estas siguientes palabras:
 que sea yo desposado,
 contra mi gusto se haga;
 mas ya que tal intentais,
 en lo que digo repara,
 que la que eligiere esposa,
 bien sea noble ó villana,
 ahora ni en ningun tiempo
 le habeis de negar la cara;
 pues debe como señora
 de todos ser respetada:
 en tí les respondo á todos,
 vé, diles las circunstancias.
 El mensagero responde
 con razones muy urbanas;
 pues yo solo soy, señor,
 el que empeña su palabra
 por todos los de su corte.
 La condicion otorgada,
 el marqués le prometió
 el darles gusto sin falta.
 Cerca de la córte habia
 unas aldeas, que estaban
 como cosa de dos millas
 distantes de la ciudad;
 y cuando con los monteros
 solia salir á caza
 el marqués algunas tardes,
 aquel sitio frecuentaba
 y habia puesto su aficion
 en una honesta muchacha,

que en una de estas aldeas
 tenia su albergue y morada;
 hija de un labrador pobre,
 que Janículo llamaban;
 tan bizarra y tan hermosa
 que era otra segunda Palas.
 Griselda, que este era el nombre
 de aquesta hermosa muchacha,
 humilde, unas ovejuelas
 de su padre apacentaba;
 y para no perder tiempo,
 cuidadosa de su casa,
 mientras pacía el ganado,
 con su rueca hilando andaba.
 Vióla el marqués muchas veces,
 y aficionado á su gala
 dispuso casar con ella;
 dió á sus vasallos con llana
 voluntad citado el día,
 para que se divulgára
 el festivo desposorio
 de su señor, y fue tanta
 la alegría que tuvieron,
 que cada cual deseaba
 aquel día tan dichoso;
 pero todos ignoraban
 quién pudiese ser la novia:
 y mientras que se pasaba
 aquel limitado tiempo,
 á medida de otra dama
 de talle como Griselda,
 hizo Gualtero las galas
 y adornos de una princesa,
 con joyas muy sublimadas.
 Llegó el día, y convócese
 toda su noble comarca,
 y embarcados en carrozas,
 siguen á Gualtero, y pasan
 á aquel sitio que antes dije:
 á este tiempo que llegaban,
 Griselda tambien venia
 con un cántaro de agua,
 y dejándolo de prisa,
 salió con otras muchachas
 á ver del marqués la novia;
 y Gualtero con palabras
 allagüenias, por su nombre
 llamándola, así le habla:
 Griselda, dó está tu padre?
 y Griselda con voz baja

le responde: señor mio,
 mi padre está dentro en casa.
 Apeóse el caballero,
 y dijo á los que llevaban
 que un poco se detuviesen,
 que saldria sin tardanza.
 Entróse solo allá dentro,
 y con el padre encontraba
 de Griselda, y le saluda,
 y de esta suerte le habla:
 Janículo, muy bien sabes
 que eres mi vasallo, y tanta
 voluntad tengo á tu hija,
 que dispongo de tomarla
 por esposa, si es tu gusto;
 mas juzgo que repugnancia
 no habrá alguna, puesto que eres
 dichoso en esta embajada;
 tu respuesta espero ahora.
 Y con vergüenza sobrada
 Janículo le responde:
 señor, no merezco nada;
 mas si gustais de este empleo,
 vuestra voluntad se haga.
 Llámala al punto, le dice,
 que quiero hablar dos palabras
 con ella, á ver si es gustosa;
 y Janículo la llama.
 Vino Griselda corriendo
 á ver lo que le mandaba
 su padre, y el caballero
 le dice: Griselda amada,
 tú gustas de ser mi esposa?
 Y ella responde turbada:
 señor mio, yo tu esposa?
 no gastes conmigo chanzas,
 que soy pobre, y diferentes
 son tu palacio y mi casa.
 Conoció en esto Gualtero
 que ella se consideraba
 indigna de un tal empleo;
 y le dice estas palabras;
 dime, tú serás constante

en todo cuanto yo haga?
 Y ella respondió: señor,
 si de improviso mandáras
 que me quitasen la vida
 con la muerte mas amarga
 que bárbaros intentasen,
 no romperé mi constancia.
 Bastante has dicho con eso,
 dijo, y al instante manda
 á dos dueñas que traía,
 que la ropa que llevaba
 la quitasen, y vistiesen
 de aquellas costosas galas
 que traían prevenidas:
 y muy en breve la sacan
 ataviada y compuesta
 á la puerta, y en voz alta
 les dijo: esta es mi consorte,
 esta es la que destinada
 tengo ya hace mucho tiempo
 para ser mi esposa amada.
 Esto que todos oyeron,
 los sombreros y las capas
 por los aires estendian
 con vítores y alabanzas,
 pues su señor les cumplía
 el gusto que deseaban.
 A Griselda la pusieron
 en una carroza, y marchan
 á la ciudad diligentes,
 en donde alegre se casa
 el marqués: pero qué gozo,
 qué júbilo, qué alabanzas,
 qué placeres, qué alegrías,
 qué toros, juegos de cañas,
 qué comedias, qué deleites
 en la córte celebraban!
 Quede pues en la alegría
 aquesta primera plana,
 que en la segunda prometo,
 de penas, aunque calladas,
 darle á mi auditorio atento
 una noticia muy larga.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije con cuantas glorias
 con el invicto Gualtero
 quedó casada Griselda,

que fue de constancia ejemplo:
 atencion, oyentes mios,
 otra vez á encargar vuelvo,

porque son muy diferentes
 los casos ; que si primero
 fue contento y alegría,
 ahora es pena y sentimiento.
 Dejo aparte la alegría
 de los cuatro años primeros
 de su feliz matrimonio;
 y vamos ahora de nuevo
 á referir los pesares.
 A los dos años tuvieron
 una hija, que en belleza
 quita al sol sus rayos bellos.
 Celebrose de la infanta
 el dichoso nacimiento
 con universal aplauso,
 aunque gustará Gualtero
 mucho mas que fuera infante
 por la quietud de sus pueblos.
 Crió Griselda la niña
 con gran cariño á sus pechos
 por espacio de dos años,
 y al cabo quiso Gualtero
 probar la fina constancia
 de su esposa, y muy severo
 entró al cuarto donde estaba,
 de esta manera diciendo:
 bien te acordarás, Griselda,
 de tu ya pasado tiempo,
 cuando veniste á mi casa,
 y de aquel ofrecimiento
 que delante de tu padre
 me hiciste, que en ningún tiempo
 me habias de dar disgusto;
 y así has de tener por cierto
 que de nuestro matrimonio
 hubo muchos descontentos;
 y despues de haber parido
 mas disgustados los veo,
 porque dicen que no quieren
 sujetarse á los respetos
 de tu hija, que aunque sea
 hija de un señor tan bueno,
 nieta es tambien de un villano,
 como es Janículo; creo
 lo tendrás bien en memoria,
 y así tengo ya dispuesto,
 por la concordia y la paz
 de mis vasallos, que luego
 salga tu hija de casa,
 y esto ha de ser al momento.

A que respondió Griselda
 sin muestra de sentimiento:
 señor, de mi y de mi hija
 sois vos el perpétuo dueño;
 haz, dispon, manda y ordena,
 que yo siempre á tu precepto
 estoy firme y dedicada.
 Al punto mandó Gualtero
 á un criado que llegase,
 y la infanta con despego
 quite á su madre, y la saque
 de su presencia al momento.
 Fue el criado diligente,
 entróse en el aposento,
 y viéndole la señora,
 pensó su intencion, y luego
 tomó en brazos á la niña,
 y la persignó, diciendo:
 Dios te libre de desgracia;
 en el rostro la dió un beso,
 y al criado se la entrega,
 quien salió del aposento.
 Notad, oyentes amados,
 la congoja y sentimiento
 que en el corazon Griselda
 tendria, y con todo eso
 no se vió mudanza alguna
 en su diamantino pecho.
 Fue el criado donde estaba
 su amo, y dispuso luego
 la llevasen á Bolonia,
 donde tenia Gualtero
 una hermana, que casada
 era con un caballero
 llamado el Conde Panicio;
 y encargó que con secreto
 á su hija la criasen
 con aquellos documentos
 que entre los nobles se usan
 en la educacion; mas de esto
 nada sabia Griselda;
 pues iba con tal silencio,
 que aun de si era muerta ó viva
 no le dió cuenta Gualtero:
 y cuando fue Dios servido
 un bello infante tuvieron
 hermoso á las maravillas,
 y con los mismos cortejos
 que la infanta, fue aplaudido;
 pero cuando llegó el tiempo

de poder ya destetarlo,
 con otra industria Gualtero,
 la constancia de su esposa
 quiso probarla de nuevo.
 Entró donde estaba sola,
 y como quien de veneno
 está encendido, le dice:
 quitar ese niño quiero
 de mi presencia, pues ambos
 sois el primer fundamento
 de mi pandonor perdido,
 y muchos estar sujetos
 á mi persona rehusan,
 y á tu hijo por lo menos
 en ningun tiempo darán
 de hijo de marqués respeto;
 salga pues luego de casa.
 Y con semblante risueño
 dijo Griselda: señor,
 ya os dije que mi deseo
 y mi mayor alegría
 es daros gusto completo
 en todo, y así mandad
 lo que tuviereis dispuesto,
 que todo cuanto á vos plazga,
 me place á mí, pues no temo
 perder á otro sino á vos.
 Estas palabras oyendo,
 se salió y llamó al criado,
 diciéndole que al momento
 vaya y le quite el infante
 de los brazos; qué tormento!
 Fue el criado, y la señora,
 lo besó, no sin gran pena,
 aunque festivo y sereno
 manifestaba el semblante.
 Dió al criado el niño, y luego
 del aposento se sale,
 y en las manos á Gualtero
 se lo entrega, el cual lo envia
 á Bolonia con el mismo
 encargo, que le criase
 su cuñado con secreto.
 Pasáronse muchos dias
 que sin sus dos hijos bellos
 la triste Griselda estaba;
 pero ningun sentimiento
 en su rostro conocian;
 y aunque alguna vez Gualtero

se los nombraba, por ver
 si ella haria algun estremo
 ò demostracion de pena,
 jamas consiguíó su intento.
 Luego despues un rumor
 se sucitó por el reino,
 pues decian del marqués
 que estaba muy descontento
 de su desigual estado
 de matrimonio, y por eso
 ocultaba á sus dos hijos,
 que nadie sabia de ellos:
 y de allí á muy breves dias
 otras noticias se oyeron
 por la córte, que el marqués
 al Papa le envió un pliego,
 para ver si repudiando
 la esposa que le dió el cielo
 podria casar con otra,
 por la quietud y sosiego
 de su familia y vasallos.
 Y despues tomó mas cuerpo
 el rumor, porque decian
 que el despacho habia vuelto,
 y que por él permitia
 el Pontífice supremo
 casase el marqués con otra.
 Tales noticias corriendo,
 empezóse á divulgar,
 y se prefijaba el tiempo
 cuando vendria la novia
 del marqués, y con acuerdo
 le remitió con sigilo
 unos renglones Gualtero
 á Panicio, que llevase
 sus dos hijos al momento,
 señalando el dia fijo
 por lograr mejor su intento.
 Por fin, un dia el marqués,
 estando todo el congreso
 convocado, hizo llamasen
 á Griselda, y con severo
 semblante, de aquesta forma
 le dijo: tened por cierto,
 esposa mia, que el mundo
 dá muchas vueltas; por eso
 á muy pocas es constante
 la fortuna, porque vemos
 cada dia, que un señor
 de noble sangre y dinero,

6
vestido de mucha pompa,
de la fortuna á un tropiezo
se sujeta y avasalla
á ser un humilde siervo:
y pues licencia del Papa
para repudiarte tengo,
y mi nueva esposa viene,
tú has de salir sin remedio
de palacio, y entregarle
á la que venga tu empleo;
y mas no te has de llevar
de mi palacio que el mesmo
dote que tú me trajiste.
Estas palabras oyendo,
dijo Griselda: señor,
cuando desnuda algun tiempo
de mis vestidos humildes
vestí los preciosos vuestros,
me despoje de ser dueña
de mí misma, y con contento
me vestí de la humildad
para con vos, á quien debo

tantas finezas; y siempre
con humilde rendimiento
por la mas dichosa viuda
me tendré de aqueste reino,
por haber logrado ser
esposa de tan buen dueño:
solo te pido y suplico,
para que vaya cubierto
este vientre que engendró
á mis dos hijos y vuestros,
me dejes esta camisa
para salir por el pueblo,
hasta llegar á la casa
de mi padre: y no pudiendo
Gualtero de enternecido
contener su sentimiento,
con lágrimas en los ojos
le volvió el rostro, diciendo:
llévatela; y apartóse
de su vista: aqui pues deixo
la historia, y en otra parte
remataré este suceso.

TERCERA PARTE.

Pues conté en la primer parte
mil placeres y alegrías,
y tambien en la segunda
ansias, penas y fatigas:
en la tercera prometo
manifestar convertida
la pena en doblados gozos,
y el dolor en mayor dicha.
Ya dije con que despego,
con que especie de ignominia
quedó la triste Griselda,
de su esposo despedida;
desnuda de los vestidos
con que sus carnes cubria,
de pie y de pierna descalza
de palacio se salia,
mas no sola, que llevaba
tantos en su compañía,
que de toda aquella córte
el concurso mayor iba:
hombres, mugeres y ancianos,
ricos, pobres, niños, niñas,
los unos de sentimiento
sus corazones partian,

otros las piedras regaban
con las lágrimas vertidas;
todos el dolor acerbo
de su señora sentian;
y la afligida Griselda
siempre mostrando alegría;
amargamente lloraban
todos cuantos la veían;
ella á todos consolaba,
y de esta suerte decia:
no lloréis, pues yo no pierdo
cosa alguna propia mia,
que en pobreza y desnudez
pasé la flor de mi vida;
y si tuve esta ventura,
la Providencia divina
me la dió, para que ahora
me sirva de mas fatiga:
no siento el perder las grandes
riquezas que poseía;
solo siento el ausentarme
del espacio de mi vida:
este dolor me atribula,
esta pena me fatiga,

esta congoja me ofende,
 y esta afliccion me contrista.
 Con las palabras que hablaba
 las piedras enternecia;
 y al estruendo que formaban
 los que en su compañia iban,
 de sollozos, de suspiros,
 y ayes que el viento esparcian,
 por las calles que pasaban
 á las ventanas salian
 acompañando en el llanto.
 Llegó por fin la noticia
 al padre, que salió en breve
 á recibir á su hija.
 Viendo que en tan deshonesto
 traje entre el tumulto iba,
 llegó á ella, y con penosas
 ansias le dijo: hija mia,
 no te aflijas, pues yo tengo
 en un rincon escondida
 la ropa que te quitaste,
 cuando de gala vestida
 te saliste de mi casa
 con contento y alegría,
 para ser feliz esposa
 del marqués, que tu desdicha
 sola esa fue. Y ella dijo:
 padre mio de mi vida,
 no fui yo la desdichada,
 que quien tuvo la desdicha
 fue mi esposo, que casó
 con una que no valia
 tanto como él; esa fue
 mi fortuna y su desdicha:
 y para aliviar su pena,
 no obstante de que yo viva,
 permite el Papa otra esposa
 á mi esposo, porque sirva
 de paz y quietud á todos:
 yo vengo con alegría
 á vuestra casa, señor,
 porque tengan fin mis dias,
 como fueron sus principios,
 entre pobreza metida.
 Llevóselas el padre á casa,
 y de humilde partorcita
 vistió otra vez el adorno.
 Pasados muy pocos dias,
 envió el marqués Gualtero
 á la aldea referida

un page, y dijo á Griselda
 que esté en palacio á otro dia
 de mañana, porque importa.
 Viendo nueva tan precisa,
 dió el sí, con que el mensagero
 para palacio volvia.
 Fue Griselda, y á su esposo,
 cuando presente le mira,
 con humildad cariñosa
 de esta suerte le decia:
 mándame, esposo y señor,
 en que humillada te sirva,
 que mi gusto es complacerte.
 Dijo Gualtero: pues mira,
 mañana viene mi esposa
 con toda su comitiva;
 tú has de disponer las mesas
 para la boda lucida.
 Hízolo con humildad;
 quién del caso no se admira!
 á otro dia de mañana
 llegó la real comitiva
 con la novia del marqués.
 Salió pues á recibirla
 aquel Job en la paciencia,
 y dióla la bienvenida
 como los demas alegre.
 O pasmosa maravilla!
 asentáronse á comer,
 y ella á la mesa servia,
 donde fueron asistidos
 con la ostentacion debida;
 y habiendo dado ya gracias,
 dijo el marqués que queria
 hacer alli unas preguntas,
 que no dejasen sus sillas.
 Llamó entonces á Griselda,
 y amoroso le decia:
 Griselda, qué te parece
 de mi esposa? no es muy linda?
 no es agraciada, no es bella
 su perfeccion? y no es cifra
 de la hermosura su cuerpo?
 Y ella entonces de rodillas
 dijo delante de todos:
 señor, juzgo que en mi vida
 no he visto, ni espero ver,
 ni el claro sol que registra
 con sus reflejos lucientes
 desde su esfera lucida

todo el contorno del mundo,
juzgo que no tendrá vista
otra copia semejante

á mi señora ; y permita
su Magestad que os goceis
en amable compañía
muchos años , y despues,
al partir de aquesta vida
goceis en la eterna gloria
las celestiales delicias.

Viendo la humildad tan grande,
tan singular y crecida
de su esposa , levantóse,
y abrazándola , decia,
(vertiendo sus ojos perlas,
que por la mesa corrian:)
de tu gran lealtad , Griselda,
hartas cosas tengo vistas,
y no deseo ver mas;
tú eres sola la querida,
tú eres sola la estimada,
que la que presente miras,
y la tienes por mi esposa,
es nuestra querida hija,
é hijo nuestro es el mancebo
que por cuñado tenias.

Con que quanto imaginabas
tener perdido , este dia
lo recuperaste junto.

Vuelva en placer la fatiga,
vuelva en gozo la tristeza;
y ahora , esposa querida,
perdon te pido de haberte
hecho tantas ignominias.

Y sepan cuantos pensaban
que á mi esposa pretendia
arrojarla de mi casa,
y aborrecido la habia,
que es engañosa su idea,
pues si fue una accion impia
mostrar con ella despego,
fue alarde , con que queria
acrisolar su constancia;
y pues la tengo ya vista,
perdon delante de todos

pido á mi esposa ofendida.

A mis hijos oculté
privándome de su vista,
por ver su resignacion:
y las amargas noticias
para mi querida esposa
que por la corte corrian,
yo las puse , y nadie tiene
de esto culpa , toda es mia.
Ay cielos ! no hallo palabras
con que esplicar la alegría
que todos los de la corte
tuvieron en este dia.

A los padres de Griselda
llevaron con escesiva
pompa y grandeza á palacio,
donde hicieron esquisitas
fiestas , saraos , comedias,
y despues de concluidas
todos quedaron en paz
y en conformidad unida.

Ea , señoras mugeres,
pues os presento á la vista
á este espejo de Griselda,
tomad de él egemplar vida.
No es decir de que los hombres,
á fuerza de la codicia
de ser dueños , se adelanten
á querer ser homicidas:
que fue la muger primera
formada de una costilla,
para darnos á entender
la inmensa Sabiduría,
que la muger no es cabeza,
sino amable compañía,
pues de cerca el corazon
fue la materia escogida
para formarla ; y asi
debe ser muy escesiva
la paz y union entre ambos,
siempre tan de asiento y fija,
como la ley de Dios manda,
y la Iglesia nos lo avisa.
Y aqui el perdon de sus faltas
pide la pluma rendida.

FIN.